

PULGARCITO

CUENTO DE PERRAULT



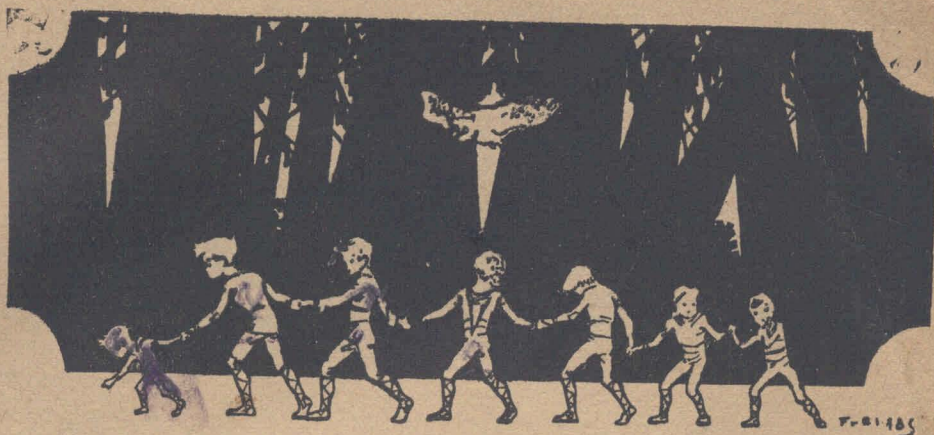
Freixa

MI PRIMERO CUENTO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



DESDE ALLÍ PRESENCIÓ EL LLANTO DE LA DOLORIDA LEÑADORA



VIAN no sé dónde, y hace de eso muchísimos años, un leñador y una leñadora. Eran muy pobres, pobrísimos. Y para el colmo de los males, tenían siete hijos, todos varones. Pero el que fueran chicos o chicas poco importaba a los desventurados padres, pues todos ellos eran muy pequeños para ayudarles en nada. Con decirnos que el mayor acababa de cumplir los diez años y el chiquitín apenas si contaba siete.

Quizá extrañe a algunos de los que esto lean, el que los leñadores tuvieran tal número de niños en tan poco tiempo, pero es que, para el colmo de males, aquel pobre leñador tenía los hijos por parejas. No parecía

sino que el Destino quisiera cebarse en ellos, dándoles muchas bocas para llenar, cuando apenas si tenían qué comer, pues, como hemos dicho, los leñadores de nuestro cuento eran pobrísimos.

Dada la miseria que sufrían, sus siete hijos eran para ellos una grandísima preocupación, ya que ninguno de ellos era todavía capaz de ganarse la vida o ayudar eficazmente a sus padres.

Particularmente, el más pequeño de los siete, que era de naturaleza enfermiza y muy callado, les preocupaba seriamente. Le creían tonto, cuando en realidad su silencio se debía a que el chiquillo era muy prudente y de buenísimo carácter.

El es el héroe de nuestra historia. Como al venir al mundo, apenas abultaba más que un dedo pulgar, le bautizaron con el nombre de Pulgarcito. Y como siguió siendo muy chiquitín, el nombre resultaba muy acertado y nadie pensó en cambiárselo.

El pobrecillo era el que pagaba el pato en todas las ocasiones. Su pequeñez y su prudencia le hacían víctima propiciatoria de todos los de la casa. Y sin embargo, como ya hemos dicho, no tenía nada de tonto; al contrario, poseía una inteligencia mucho más despierta que la de sus hermanos y si bien es cierto que no hablaba mucho, no es menos verdad que lo observaba todo y difícilmente escapaba nada a su atención.

Pronto vamos a ver la suerte que tuvieron sus hermanos, gracias a la afición de Pulgarcito a dar
de todo.



UCED!Ó que presentóse un año de tan mala cosecha, que sobrevino un hambre terrible, como no se tenía recuerdo en la historia del país. A tal extre-

mo llegó la carestía, que nuestros pobres leñadores, viendo padecer a sus hijos, determinaron adoptar una trágica determinación: deshacerse de ellos. Sí, aunque os parezca terrible; decidieron apartarlos de su lado.

Como es natural, la madre fué la que menos se avino a tal propósito; mas tanto insistió el padre y tantas buenas razones supo exponer, que la infeliz esposa consintió al fin en que le fueran arrebatados de su lado aquellos siete pedazos de su corazón.

Así, pues, una noche en que los niños habían sido ya acostados y el leñador hallábase junto al hogar, donde ardía un raquítrico tronco, le dijo a su esposa, que terminaba de recoger los míseros utensilios que había encima de la mesa:

—He de decirte, mujer, que ha llegado el momento de hacer lo que tanto hemos hablado.

—Pero...—balbuceó la infeliz madre, a quien se le hacía muy cuesta arriba la decisión del leñador.—¿No habría algún medio?...

—Bien sabes tú que no y nos es ya imposible mantener a nuestros hijos.

—¡Es que eso es horrible!



EL POBRECILLO ERA EL QUE PAGABA EL PATO EN TODAS LAS OCASIONES...

Loco Coca



—¿Y PODRÁS HACER CON TUS POBRES HIJOS ESO QUE DICES?

—Más horrible será verles morir de hambre sin que tengamos con qué socorrerles. Por mi parte te digo que no tengo corazón para ver eso.

—Ni yo tampoco—convino la leñadora. — Pero, ¿qué piensas hacer con ellos?

—Estoy resuelto a llevarlos mañana a ese bosque tan espeso al que vamos a cortar leña algunas veces. Y cuando estén allí, hacer que se pierdan.

—No podrás hacerlo, marido.

—Será fácil. Mientras se entretienen en hacinar la leña cortada por nosotros, seguramente podremos huir, sin que se den cuenta.

—Marido . . . —exclamó su desventurada mujer. — ¿Y podrás hacer con tus pobres hijos eso que dices?

Fué menester que, una vez más, el leñador se esforzara en hacerle comprender que aquello era irremediable. Lo imponía la miseria de la casa, como harto sabía la madre. En fin, empleó tantos y tales argumentos que, por último, logró convencerla de que le dejara hacer su triste proyecto. Pero como a la postre era la madre, se fué a la cama llorando, seguida por su marido que también se acostó presa del dolor que es de suponer.

Hacia un buen rato que estaban acostados y ya se les oía respirar profundamente, cual si se hubieran dormido, cuando de debajo del banco en que siempre se sentaba el padre, salió una figurilla, que quedó débilmente iluminada por el vago resplandor del fuego muriente en el hogar.

Se trataba de Pulgarcito.

El chiquitín de la familia estaba despierto cuando sus padres comenzaron a hablar. La frugalísima cena,

consistente en una rebanada de pan y un trago de agua, no acalló las ansias de su estómago, y aún no había conciliado el sueño, como hemos dicho, cuando oyó las primeras palabras proferidas por el padre, palabras que tuvieron la virtud de desvelarle por completo.

Porque Pulgarcito habíase dado cuenta de las angustias que pasaban los autores de sus días, y más de una vez se devanó los sesos, tratando de resolver la difícil situación por que atravesaban. ¿Mas qué podía hacer él, tan pequeño, en semejante trance?

Sin embargo, llevado por el afán de compartir a su modo las penas de sus padres, Pulgarcito, quiso oír de qué hablaban. Se levantó de su mísero jergón, donde dormía con los demás hermanos, y andando con cautela, se deslizó bajo el banco de su padre, para escuchar a éste y a la madre, aunque procurando no ser visto por ninguno de los dos.

Y así fué cómo el pobrecito se enteró de cuanto dijeron los leñadores.

Pulgarcito no durmió en toda la noche, cavilando en lo que debía hacer para impedir que sus padres lograsen lo que intentaban llevar a cabo. Tan chiquitín como era, sabía que los leñadores hacían mal, tratando de separar a los hijos de su lado, pues en buenos y malos tiempos han de estar siempre unidos a los autores de sus días. Y además, conocía demasiado a sus padres para creer que bien pronto se arrepentirían de lo que estaban haciendo.

Al amanecer del nuevo día, dió, al fin, con el medio que se le ocurrió para cumplir el propósito paternal.

Como siempre, Pulgarcito, se levantó primero que nadie; fuése

a la orilla del arroyo que corría cerca de la casa y allí llenó los bolsillos con piedrecitas blancas. Después, regresó presuroso a la cabaña de sus padres, donde nadie se había levantado.



LEGÓ la hora de ir al bosque y toda la familia se puso en camino. Pulgarcito había determinado, finalmente, no decir nada a sus hermanos de lo

que oyera la noche pasada. Creía conocerles lo suficiente para saber que no guardarían el secreto y le descubrirían a sus padres. Y con ello no iban los chicos a lograr otra cosa que aplazar el propósito paternal, con el agravante de que éste se llevaría a término con redobrado sigilo, y sin que fuera posible evitar lo que les amenazaba, cosa que el chiquitín se proponía realizar.

En efecto, Pulgarcito cuidó de quedarse detrás del grupo. De este modo le fué fácil ir dejando caer las piedrecitas blancas que recogiera del arroyo y señalaran el camino que entonces iban re

El leñador condujo a la mujer y a sus más tímido al más profundo y más silencioso bosque de que hablara la noche anterior. El trincado era, que Pulgarcito y sus hermanos iban uno a otro, a pocos metros de distancia.

Como si nada proyectase, el padre se dedicó a cortar la leña, ayudado por su mujer. Entretanto, los chicos se dedicaban a la busca de ramas secas para hacer fuego. Como el trabajo entretenía a los chicos



—CONOZCO EL CAMINO DE REGRESO, ¡EA!... ¡SEGUIDME!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



... Y ALLÍ SE LLENÓ LOS BOLSILLOS CON PIEDRECITAS BLANCAS

podieron alejarse sin que se dieran cuenta, hasta quedar ocultos, en cuyo momento echaron a correr por un oculto sendero.

Buen rato pasó antes de que los pequeños se dieran cuenta de que se hallaban completamente solos en aquel pavoroso bosque. Pero cuando comprendieron la triste situación en que se encontraban, el mayor desconsuelo hizo presa de todos, con excepción de Pulgarcito. Al fin y al cabo, los pobrecillos no eran más que tiernos infantes como los que quizá en estos momentos estáis leyendo este cuento. ¿Y qué hubierais hecho vosotros en circunstancias parecidas?

Pulgarcito, como decimos, fué el único que no se desconsoló. Dejó, sin embargo, que los otros llorasen un rato. Luego les dijo:

—¡Ea! Basta de llorar, hermanos. No hay porqué tener miedo. Aunque nuestros padres nos hayan dejado aquí, os prometo que volveremos a casa.

—¡Tú no conoces el camino!—gimoteó un hermano.

—¡Pues claro que lo conozco!... ¡Vámos! ¡Seguidme!

Los atribulados chicuelos no se lo hicieron repetir. Fuerza es indicar que los mayorcitos de los hermanos, experimentaban sus dudas acerca de la afirmación de Pulgarcito. ¡Era tan chiquitín! ¡Y lo tenían por tan tonto!

Sin embargo, le vieron caminar tan seguro, que pronto fueron ganados por su confianza. Y así no les sorprendió que, tras haber caminado por el intrincado bosque, salieran a camino conocido y a la postre se hallaran frente a la casa que les viera nacer.

Pero, bien, ya estaban allí. . . ¿Y qué iban a hacer? ¿Cómo entrar en la morada de sus padres, si éstos los habían abandonado?



LE FUÉ FÁCIL IR DEJANDO CAER LAS PIEDRECITAS BLANCAS...

En verdad que el problema era serio para sus tiernas cabecitas. De momento, pues, se quedaron muy cavilosos, junto a la puerta cerrada.

El menos preocupado era Pulgarcito. Nuestro héroe confiaba, como ya sabemos en la reacción que su ausencia produciría en los padres. Lo que el chiquillo no sabía, es que la fortuna había acudido en ayuda de los leñadores, desde que sus hijos faltaban.

En efecto, al volver el pobre matrimonio a su casa, se encontraron con un mensajero del señor del lugar, que les llevaba diez escudos adeudados desde muchísimo tiempo atrás, tanto que – pese a su necesidad de dinero – los leñadores los habían dado completamente en olvido.

¡Menudo alegrón tuvo aquella pobre gente! Aquel dinero les volvía a la vida, pues como sabemos, se morían de hambre y no tenían nada para comer y con qué comprar viandas.

Sin perder momento, el leñador envió a su mujer en busca de pan y carne, y como desde hacía mucho tiempo no sabían lo que era hincar el diente en una tajada, el padre encargó a la madre que comprara abundante ración de carne, tanto como para quedar hartos de ella.

Cuando volvió con la carne, se encontró con que su marido había encendido el fuego en el hogar. Fué puesta a asar la carne y, bien pronto, pudieron comérsela. Ni platos usaron, sino que la devoraron entre pan y pan por parecerles así más sabrosa.

En fin, que se hartaron hasta no poder más y aún entonces les sobró una enorme cantidad de comida.

A la vista de la carne y, sobre todo, la abundancia del dinero en que entonces se hallaban, la leñadora no



—¿Y QUÉ LE VAMOS A HACER, SEÑORA?

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

VIII
VII
VI



PERO BIEN, YA ESTABAN ALLI... ¿Y QUÉ IBAN A HACER?

pudo reprimir por más tiempo el pesar, que ni un momento había dejado de ensombrecer su alma. La infeliz era madre y no podía arrancar de su mente el recuerdo de los hijos abandonados.

—¡Ay! — se lamentó. — ¿Qué será en estos momentos de nuestras pobres criaturas, perdidas en medio de aquel bosque tan terrible? ¡Con lo bien que hubieran cenado con esto que nos sobra!

El marido hizo un gesto de disgusto ante las quejas de la mujer. Pero ésta no estaba dispuesta a callarse.

—Has sido tú, marido, quien los dejó perderse, — recordó. — Te sabe mal ahora, ¿verdad? Claro, como a mí. Pero recuerda que ya te dije que nos arrepentiríamos.

Un gruñido del leñador la hizo callar para evitar sus iras. Sin embargo, al poco rato, tras soltar un hondo suspiro, continuó:

—¿Qué harán a estas horas en el bosque? ¡Ay, Dios mío! ¡Quizá habrán sido ya devorados por los lobos! ¡Ah!

Tantas lamentaciones sacaron finalmente de quicio al hombre. Y sobre todo, porque su mujer le repitió lo menos veinte veces, que se arrepentiría de lo hecho.

Enfurecido, pues, tomó un palo y esgrimiéndolo advirtió:

—¡Como vuelvas a decirme eso, te lo rompo en las costillas!

Y no vayáis a creer que, porque obrara así, era el leñador un mal padre y lamentara menos que su mujer lo que les ocurría a sus hijos. El hombre había tomado la determinación de apartarlos de su lado, porque no podía soportar verlos sufrir. Pero el pesar que ahora sentía, ante el cambio de situación que trajera el dinero, se



CUANDO VOLVIÓ CON LA CARNE...

agravaba con la insistencia de su mujer. La cosa no tenía remedio y nada solucionaba el lamentarla.

Atemorizada, la mujer dejó de increparle. Mas no por eso cesó de llorar, y lamentarse:

—¡Pobres hijos míos! ¡Mis pobrecitos hijos! ¿Dónde estaréis ahora?

Esto lo repitió muchas veces y una de ellas tan fuerte, que los niños, que se hallaban acurrucados en la puerta, no pudieron aguantarse más y dando en olvido el miedo que les inspiraba su padre, gritaron todos a una:

—¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!

¡Qué enorme fué la sorpresa de la leñadora al escuchar aquellos gritos! Quedó un momento como maravillada; pero reponiéndose al punto, corrió a abrirles la puerta y a recibirlos en sus brazos.

Luego, les acarició amorosa y les dijo, llenándoles de besos:

—¡Hijos de mi alma! ¡Creía no volver a veros! ¡Cuán feliz me hacéis! ¿Verdad que estáis muy cansados? ¿Verdad que tenéis mucha hambre? Pasad, pasad y ved cuánta carne tenéis sobre la mesa. . .

Los chicos no se lo hicieron repetir dos veces. Y la madre fué feliz contemplándolos. Y el padre también, no creáis.

Iban todos sucios y llenos de barro, como os podréis imaginar, después de su larga caminata. Pero la madre sólo se dió cuenta de uno de ellos.

—¿Qué es eso, Perico? ¿Cómo vienes tan sucio? Deja en seguida eso y ven primero a lavarte la cara.

Este Perico era el hijo mayor y el mimado de la leñadora, porque tenía el pelo pajizo, como ella.



¡ESTAMOS AQUI!

En fin, que no pararon de comer hasta dar fin a todo lo que allí había. Y luego se fueron a dormir, no sin haber contado a los leñadores el miedo que habían pasado, cuando se encontraron solos en el bosque. Su madre les besó para compensarles el susto y con esa caricia se dieron por bien pagados.



QUELLOS pobres leñadores se sintieron muy felices con el regreso de sus hijos. Gracias a los diez escudos esta felicidad se prolongó un poco, pero luego volvieron las cavilaciones del padre y las lamentaciones de la madre, hasta que cayeron en la misma decisión que la vez anterior: desprenderse de los siete chiquillos.

Habían sabido por los propios niños el medio de que se valieran para poder regresar a casa, de modo que el padre decidió que, esta vez, les conduciría a un lugar más intrincado que la pasada y desde luego, tomaría las medidas para que los chiquillos no pudieran hallar medio con que señalar el camino recorrido.

Sin embargo, no les fué posible a los leñadores hablar de sus propósitos tan secretamente, que Pulgarcito no se enterara de ellos, justamente en la noche que tomaban la trágica determinación de separarse por segunda vez de sus hijos.

Gracias a su menudez, el chiquitín pudo deslizarse, como la vez anterior, bajo el banco en que estaba senta-



LOS CHICOS NO SE LO HICIERON REPETIR DOS VECES...

do el leñador. Ya hacía días andaba Pulgarcito observando la inquietud de sus padres y temía que llegase un momento en que nuevamente pensarán deshacerse de él y sus hermanos. Por esta razón tardaba en dormirse por las noches, luchando con el sueño que trataba de vencerle, hasta que oía acostarse a sus padres.

Aquella noche, al ver asomarse a la madre repetidas veces y oír luego que hablaban junto al hogar, exactamente como la vez anterior, el niño abandonó el lecho y se situó, como hemos dicho, en el escondrijo que tan bien le sirviera en la otra ocasión.

Desde allí presenció el llanto de la dolorida leñadora que se resistía a quedarse sin sus hijos; allí escuchó los argumentos del padre y supo, finalmente, cómo la suerte de sus hermanos y la propia, quedaba decidida.

Tan pronto el matrimonio se hubo retirado a descansar, Pulgarcito quiso repetir su salida en busca de piedrecitas blancas; eso sin aguardar a que amaneciera. Pero ya hemos dicho que el leñador se había propuesto impedir que esta vez los muchachos pudieran volver a su casa. Con este fin y sabedor de lo ocurrido en la ocasión anterior, cuidó mucho de cerrar la puerta de la casa. Y Pulgarcito no pudo salir al exterior.

¡Ya podéis suponeros la noche que pasó el pobre-cillo!

No pudo pegar el ojo, cavilando cómo resolver el agudo problema. Y la luz del nuevo día le sorprendió sin haber dado con el medio para poder evitar que sus padres cumplieran lo que se proponían.

No sabía el chico qué hacer, cuando, lo mismo que a los demás hermanos, le dió su madre un pedazo de pan por toda comida del día.



...EL NIÑO ABANDONÓ EL LECHO...

Como al serle entregado, se desmenuzaron algunas migajas, Pulgarcito creyó haber hallado, de pronto, la solución de lo que deseaba. ¡Emplearía migas de pan en lugar de piedrecitas blancas!

Tal decisión equivaldría a que el chico se quedara sin comer aquel día, pero tal quebranto no preocupó gran cosa al animoso Pulgarcito. Sabía lo que era hambre; no importaba que la conociera un poco más.

Se guardó, pues, el pedazo de pan en el bolsillo y se hizo un agujero en éste. Temía que el leñador, desconfiando por lo ocurrido la vez anterior, vigilase si dejaba alguna señal.

Y no se equivocó, pues el padre se volvió en más de una ocasión. Y en cada una de ellas advirtió en todos – y especialmente en Pulgarcito – la actitud más inocente que podáis imaginaros. Y no prestó la menor atención a las migajas de pan tiradas por su hijo más pequeño. Nadie desconfía de unas inocentes migas de pan, ¿verdad?

Caminando, caminando, los leñadores llevaron a sus hijos hasta el paraje más oscuro y tenebroso de aquel bosque intrincadísimo. Cuando estuvieron allí, les hicieron buscar ramas secas, como la vez pasada, y en cuanto les vieron distraídos, procuraron desaparecer.

Los chiquillos, que no eran tan confiados como antes, tardaron poco en darse cuenta de que estaban solos. Y nuevamente se echaron a llorar desconsolados. Tenían un miedo enorme.

Perico, el mayor, fué el primero en darse cuenta que el único que no lloraba era Pulgarcito. Y recordando que la vez pasada él les llevara a casa, se apresuró a juntarsele.

—¿Tú no lloras porque nos han dejado nuestros padres? — preguntó, al tiempo que se limpiaba la nariz con el revés de la manga, pues era un chico muy mal educado.

—No tengo por qué llorar.

—¿Es que crees poder llevarnos también a casa esta vez, aun desde aquí?

—Pues claro.

—Pero es que hoy estamos en un sitio más oscuro y lejos de casa que la vez pasada — lloriqueó otro de los hermanos.

—No importa. ¡Hala, a comer, que en seguida nos vamos!

Ganados por su confianza se secaron las lágrimas y con el apetito que les daba su poca edad, pronto dieron cuenta de los mendrugos de pan que tenían.

Nadie se preocupó de que Pulgarcito no comiera, y éste no pidió tampoco nada. Así que hubieron terminado con el último bocado, les hizo seguirle.

Mas, ¡ay, qué amarga sorpresa aguardaba al animoso chiquitín!

Pulgarcito esperaba poder regresar a casa, merced a las migajas sembradas. . . Y cuando fué a seguir el rastro, se encontró con que, en seguida, desaparecía. Al poco trecho no había ni siquiera una migaja. Los pájaros se las habían comido todas.

Perico se dió cuenta en seguida, por la actitud de su hermanito, de que algo grave ocurría. Esto le gustó. Sí, aun en la situación triste en que se hallaban sumidos todos, le agradaba humillar a Pulgarcito.

Y por eso, preguntó apremiante:

—¿Es que no sabes llevarnos a casa?

—Ha ocurrido algo inesperado . . . — balbució Pulgarcito. — Yo . . .

Uno de los pequeños rompió a llorar.

—¿Y para eso lo asegurabas tanto? — gritó el mayor.
— ¡Quita ya, tonto, más que tonto! Y tú calla. Yo os guiaré.

El que lloraba calló, porque lo mandaba Perico, el mimado de la madre. Y todos, con el cabizbajo Pulgarcito a la cola, fueron en pos del mayor de los hermanos, por el lugar que éste quiso indicarles. Pero, cuanto más caminaban por el bosque, más se extraviaban. Y luego cerró la noche y se levantó un fuerte viento, que causó a todos grandísimo espanto. Y allí terminó toda la animosidad de Perico y ahora lloraba más y más fuerte que ninguno, sobre todo, cuando se empezaron a oír rumores por todos lados.

Llegó un momento en que los infelices no se atrevieron ni aun a volver la cabeza. Les parecía que acudían a devorarles. Y para colmo de males, cayó a poco un formidable chubasco que los dejó caladitos hasta los huesos.

Pulgarcito hubo de ponerse, otra vez, al frente de sus hermanos. Pero aun cuando se preocupaba por ellos, no podía impedir que resbalasen a cada paso y cayesen a menudo en el barro, de modo que se pusieron de enlodados, que daba lástima verlos . . .

Para tratar de remediar la angustiada situación y orientarse, Pulgarcito determinó encaramarse a lo alto de un árbol. No le costó mucho trabajo subirse a él y una vez en la copa, al volver la cabeza en todas direcciones,



LOS LEÑADORES CUIDARON DE DESAPARECER...

vislumbró al fin una lucecilla muy lejana, desde luego situada bastante más allá de los linderos del bosque en que se encontraban.

El chiquitín, loco de alegría, se apresuró a bajar del árbol y comunicar a sus hermanos lo que había visto. Lo malo fué que una vez en el suelo no se vislumbraba el resplandor que notara, y esto le valió las dudas de sus compañeros y especialmente de su hermano mayor, Perico, que estaba malhumorado y lloroso cual ninguno.

Por buenas o malas, siguieron finalmente los otros seis chiquillos por el camino que les indicara Pulgarcito y, de este modo, llegaron al límite del bosque y, sobre todo, distinguieron desde allí la luz de que les hablara.



A podéis suponer el júbilo que esto produjo entre los atemorizados muchachos.

Sin perder momento, se dirigieron hacia el lugar de donde partía el resplandor, aun cuando no llegaron sin haber pasado grandes miedos y sinsabores, ya que, debido al quebrado camino que allí conducía, a menudo perdieron de vista la luz que les guiaba. ¡Y tenían cada susto cuando eso sucedía!

Por fin, pues, llegaron ante una casa, que era donde estaba la luz y Pulgarcito se adelantó a llamar a la puerta.



—HA OCURRIDO ALGO INESPERADO...

Una mujer, de agradable aspecto, les salió a abrir.

—¿Qué queréis, rapaces?—les preguntó.

—Somos unos pobres niños que nos hemos perdido en el bosque ese que queda ahí detrás—contestó Pulgarcito, —y te pedimos que nos dejes pasar la noche en algún rincón de tu casa. Te lo pedimos por caridad.

La mujer se enterneció al verles a todos tan pequeños y desamparados. Y poniéndose en cuclillas, para llegar a su altura, les dijo entre lágrimas:

—¡Ay, hijos míos! ¡No sabéis dónde habéis venido! ¿Cómo se os ha ocurrido dirigiros aquí?

—Estábamos perdidos, señora, y teníamos miedo.

—¡Pobrecillos! ¿Pero no sabéis que ésta es la casa de un ogro, que se come a los niños?

Pulgarcito y sus hermanos quedaron aterrados.

Por fin el primero, aunque temblaba de pies a cabeza, se atrevió a decir:

—¿Y qué le vamos a hacer, señora? Si no tienes la caridad de recogernos, los lobos nos comerán esta noche. Y comidos por comidos, preferimos que nos devore el dueño de esta casa. Además, si intercedes por nosotros, quizá el ogro nos compadezca y no nos coma.

La pobre mujer no pudo resistir aquella súplica de las desamparadas criaturas. Y así les hizo entrar en la casa. Aquella buena alma esperaba tener la suerte de poder ocultar de su marido, el ogro, hasta el otro día, a aquellos niños.

Mientras tanto, les dió algo de comida y luego les hizo sentar junto al hogar, para que se calentaran. En el fuego se estaba asando un enorme carnero, que el Ogro había de comerse aquella noche.



...VISLUMBRÓ AL FIN UNA LUCECILLA MUY LEJANA...

Apenas si los ateridos chiquillos habían comenzado a calentarse, cuando en la puerta de la casa sonaron tres terribles porrazos. Los siete hermanitos quedaron como petrificados. Y antes que lo dijera la mujer, adivinaron de quién se trataba.

—¡Mi marido!—murmuró ella, llena de miedo.

Sin embargo, halló fuerzas en su pánico para coger a los infelices niños y esconderlos apresuradamente debajo de la cama del propio Ogro.

Luego corrió a abrir, justamente en el momento en que el marido aporreaba de nuevo la puerta.

El Ogro entró furioso por la tardanza en abrirle.

—¿Cómo has tardado tanto?—dijo en su primer bufido.—¿Está ya hecha la cena? ¿Has sacado el vino? ¡Vamos, que quiero tragar!

Y tirando su gorro a un rincón, se sentó a la mesa.

—¿Sabes?...—dijo su mujer, temblando de miedo.—El cordero aún no está asado.

—¡¡¿Cómo?!—bramó su marido, mirándola con ojos feroces.

—Es que no te esperaba tan pronto.

—¡Pues tengo hambre y no quiero esperar! ¡Tráelo como esté!

Su mujer se apresuró a complacerle.

El carnero, a decir verdad, apenas si estaba chamuscado; pero el Ogro no por eso le hizo el menor asco. Con sus agudos dientes, empezó a triturarlo y se lo zampó en un decir ¡Jesús! Y encima se bebió tres jarras de vino.

—Tengo más hambre—dijo, al terminar.—¿Qué otra cosa hay?

Pero sin esperar a que su mujer le contestara, comen-



..EN LA PUERTA DE LA CASA, SONARON TRES TERRIBLES
PORRAZOS

zó a olisquear a un lado y otro, y luego aseguró:

—Huelo a carne fresca.

La mujer se quedó aterrada. El Ogro había descubier-
to a los pobres chicos. Sin embargo, aún trató de sal-
varles.

—Claro que hueles a carne fresca—dijo, fingiendo una
tranquilidad que no tenía.—Ahí está la ternera esa que te
he preparado para el almuerzo de mañana.

El Ogro no pareció quedarse muy convencido.

Miró de reojo a su mujer, olió nuevamente el aire y
gruñó:

—Conque ternera, ¿eh? Lo que yo huelo no es ternera.
Es carne más fresca. Y me parece que aquí hay algo que
me ocultas y que ahora mismo voy a descubrir.

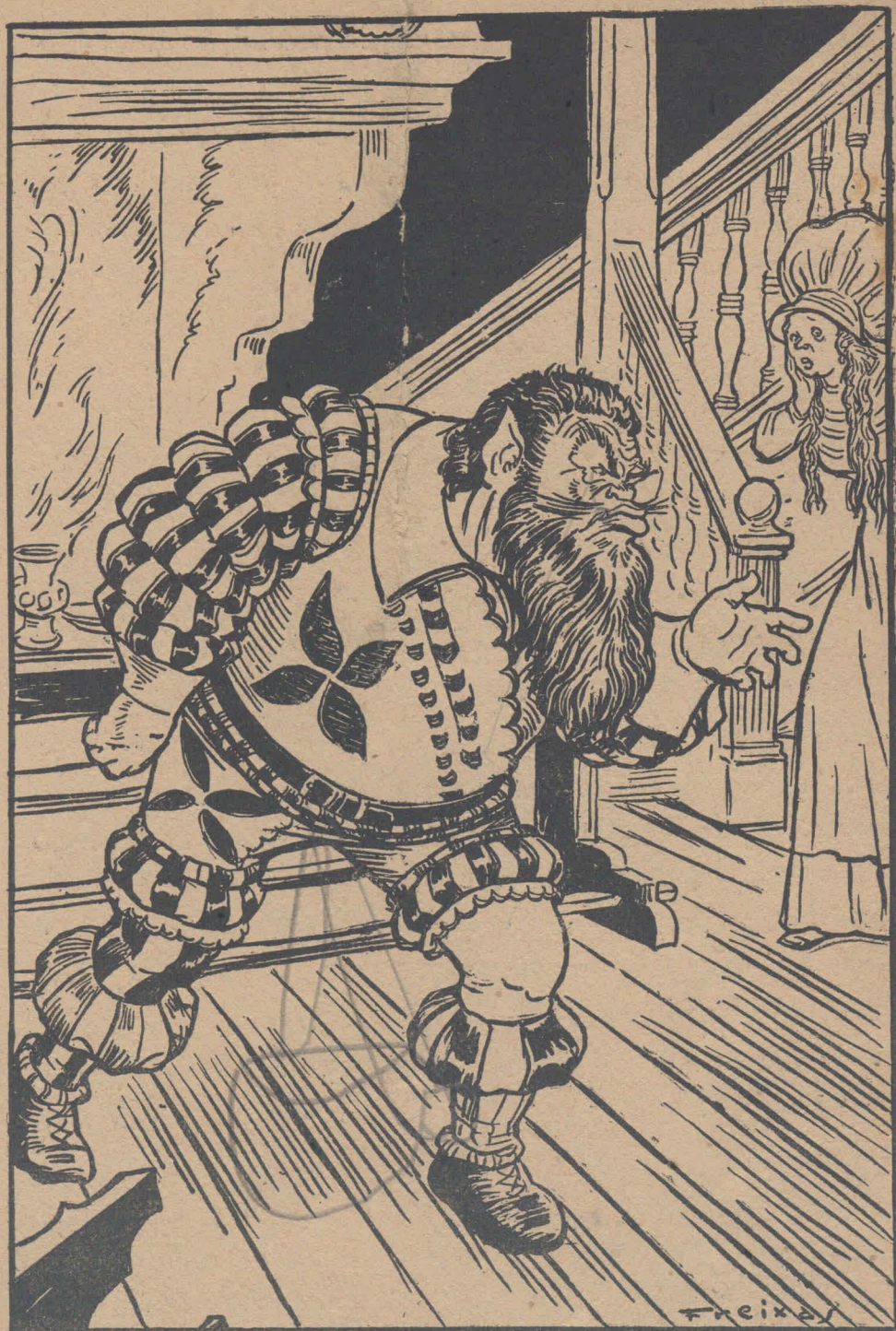
Así diciendo, se puso en pie. De una patada mandó
a un rincón el taburete en que estuviera sentado y luego,
sin vacilar, se dirigió hacia donde se encontraba su pro-
pia cama.

Miró debajo de ella y al punto se enderezó, espantoso
en su furor.

—¡Ajá!—gritó.—Me querías engañar, ¿eh, maldita mu-
jer? ¡Si no fuera porque eres tan vieja, te desollaba aho-
ra mismo! Da gracias a que no podría hincarte el diente.
¡Vaya una caza estupenda!—agregó, al tiempo que iba
sacando uno a uno a los niños que había bajo la cama.—
Y que no va a venirme poco bien para obsequiar mañana
a esos tres ogros amigos que vendrán a visitarme.

Las infelices criaturas, locas de terror, cayeron de ro-
dillas, suplicando misericordia.

Fué en vano. Los desdichados habían caído en manos
del ogro más cruel que existía, por aquel entonces. Y le-



HUELO A CARNE FRESCA...

jos de perdonarles la vida, como le pedían, lo que hacía era devorarles con la vista.

—¡Vaya un bocado exquisito!—dijo finalmente a su mujer.—Ya puedes esmerarte en hacer una buena salsa, porque resultarán riquísimos. Ahora mismo voy a dejártelos en condiciones.

Y echando mano de un gran cuchillo, comenzó a afilarlo en una piedra. Luego, echó mano de uno de los muchachos.

Ya lo iba a degollar cuando, compadecida, intervino una vez más su mujer.

—¿Qué vas a hacer a estas horas?—preguntó.—¿Acaso no tendrás tiempo mañana?

—Déjame. Para mañana el miedo les habrá hecho enflaquecer. Y yo los quiero gorditos.

—¿Y qué te importa que pierdan algo, si a cambio de eso tienes la carne más fresca? A fin de cuentas, sin ellos teníamos ya antes carne en abundancia. Ahí tengo una ternera, un par de carneros y medio cerdo.

El Ogro, que empezaba a sentir un tantico de pereza, de resultas de la enorme comilona que hiciera, se dejó convencer finalmente.

—Bueno, los dejaré—se avino.—Pero haz que traguen algo. Que no quiero que pierdan nada de aquí a mañana, y, en seguida, que se vayan a dormir.

La mujer del Ogro no se lo hizo repetir dos veces. Estaba jubilosa por haber demorado la muerte de los siete hermanos, aunque esta alegría procuró no manifestarla para que su marido no se arrepintiera.

Así, les dió otra vez de cenar, haciendo que comieran, aun cuando los pobres no podían casi abrir la boca. Luego se los llevó a dormir.



ME QUIERES ENGAÑAR, ¿EH, MALDITA MUJER?

En cuanto al Ogro, para celebrar el hallazgo, se puso a beber como una esponja. Le satisfacía tener con qué obsequiar a sus amigos. Bebió lo menos una docena de vasos más que de costumbre.

Y luego, como el vino se le subía a la cabeza, se fué a acostar con torpe paso. Y un minuto después de haber caído vestido en la cama, roncaba como un órgano des-afinado.



L. Ogro tenía siete hijas, que eran otras tantas ogresas. Acostumbradas, como su padre, a comer siempre carne fresca, tenían la piel muy bella y

fina; pero, en cambio, sus ojos eran muy pequeños y redondos y poseían unos dientes tan afilados y agudos, que las afeaban por completo. Aquellas ogresitas no eran todavía malas, pero prometían serlo.

Aquella noche se habían acostado temprano y dormían en una gran cama.

En otra parecida, que había en la misma habitación, fué donde acomodó a Pulgarcito y sus hermanos la mujer del Ogro. Y a cada uno de ellos le puso un gorrito de seda roja. Nuestro Pulgarcito fijóse que las ogresitas llevaban cada una su corona, al parecer, de oro.

Luego que les dejó en la cama, la esposa del Ogro deseó a los muchachos las buenas noches y se retiró para acostarse a su vez.

Freixas



...SE PUSO A BEBER COMO UNA ESPONJA...

Ya sabemos que Pulgarcito era un niño muy perspicaz. Y hemos dicho que el chiquillo se fijó en que las hijas del Ogro usaban coronas de oro. Como Pulgarcito no se fiaba del todo, en cuanto al Ogro, decidió tomar sus precauciones. Temía que aquel caníbal se arrepintiera luego, de no haberlos degollado.

Sería la media noche cuando nuestro amiguito se levantó del lecho en que descansaba y andando de puntillas fué y quitó una tras otra las coronas que tenían puestas las ogresitas. Y, en sustitución de aquéllas, les colocó su propio gorrito y el de sus hermanos. Finalmente, puso a éstos la corona; se plantó él la suya, y se entregó tranquilamente al descanso.

Y hete aquí que, al cabo de un rato de haber sucedido esto, el Ogro despertó de su borrachera. Y apenas se le aclararon las ideas, se arrepintió de no haber degollado como pensara a aquellos siete chicuelos que cayeran en sus garras.

Como doliéndose de ello, no podía dormir, fué, y tirándose del lecho, tomó su afiladísimo cuchillo y echó a andar hacia la escalera, al tiempo que gruñía:

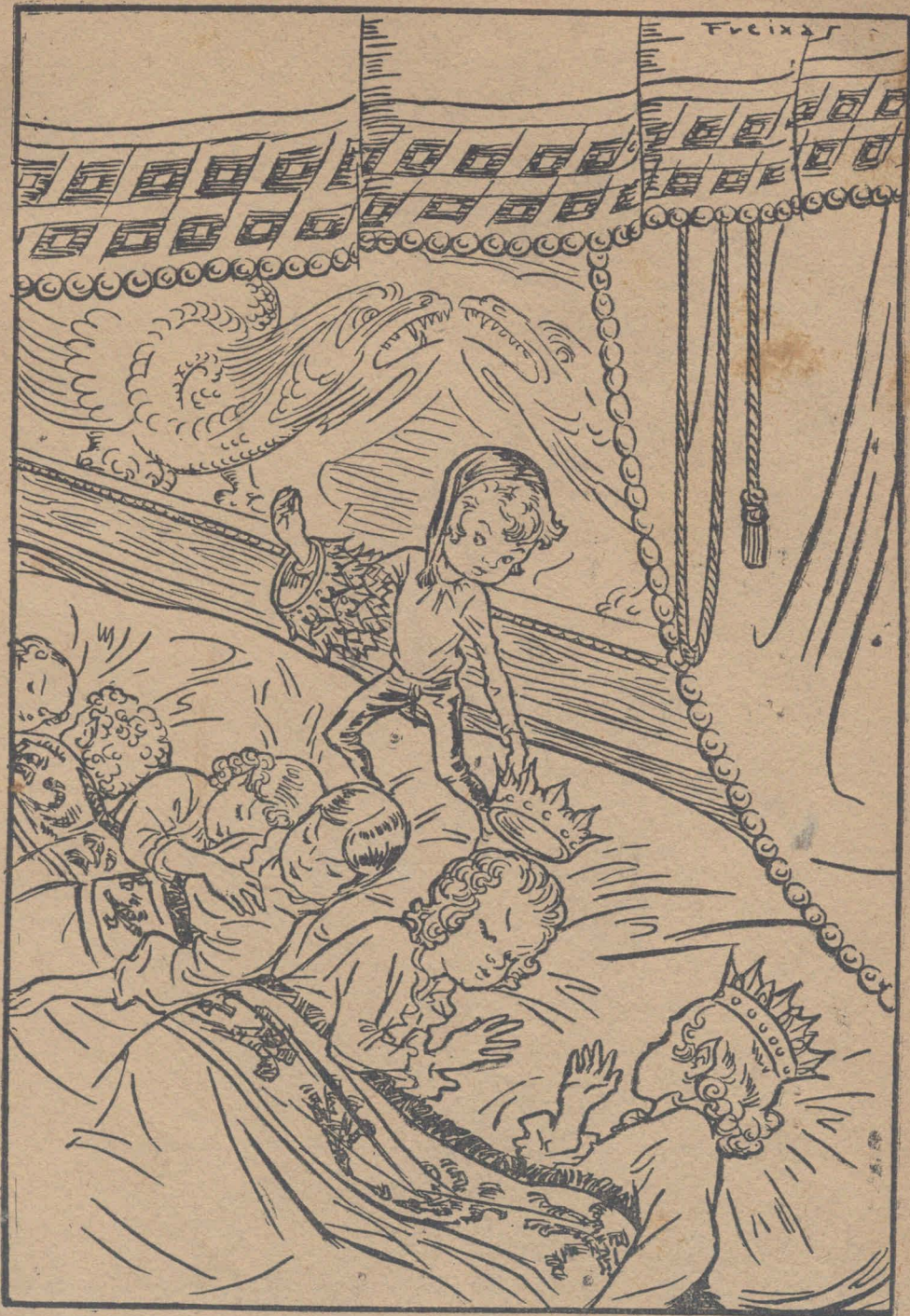
—¡Vamos a terminar eso de una vez!

A tientas subió hasta la habitación de sus hijas y como sabía dónde dormían éstas, dirigióse primero a la cama ocupada por los siete hermanos, que, excepto Pulgarcito, estaban durmiendo.

Palpó el Ogro las siete cabezas, pero en cuanto tocó las coronas apartó al punto la mano, exclamando:

—¡Esta sí que es buena! Por lo visto he bebido más de lo que creía e iba a matar a mis propias hijas.

Se apartó, pues, de aquella cama y yendo a la ocupa-



...FUÉ Y QUITÓ, UNA TRAS OTRA, LAS CORONAS...

A TORANTE
SINVALENSA

da por las Ogresitas, así que hubo palpado los gorros, lanzó un bufido de satisfacción y murmuró:

—¡Ahora sí que son ellos!

Y sin pensarlo dos veces, cortó las siete cabezas.

Así que hubo terminado, volvió a bajar con el mismo tiento la escalera, escondió el cuchillo bajo su propia cama y se echó tranquilamente a dormir al lado de su mujer.

Tan pronto Pulgarcito percibió los ronquidos del Ogro, despertó a sus hermanos, pidiéndoles que se vistieran sin perder momento. Luego, se fueron tras él al huerto, y poco después los siete niños saltaban por encima de las tapias.

Y en cuanto estuvieron alejados de la casa del Ogro, echaron a correr, sin parar hasta que apuntó la aurora.

Estaba el sol ya bastante alto, cuando despertó el Ogro de su pesado sueño. Su mujer trajinaba por el hogar.

—¡Eh, tú!—gritó, tan pronto se acordó de lo que había hecho arriba.—A ver si subes y cuidas de los mocosos que llegaron anoche.

La pobre ogresa tomó a bondad aquellas palabras de su marido. Hasta llegó a creer que iba a permitirles irse a su casa. Lo que en modo alguno pensó fué que le indicara que los preparara para guisarlos.

Ascendió, pues, la escalera; mas apenas entró en la estancia donde estaban sus hijas, al ver el cuadro, cayó al suelo, perdido el sentido.

El Ogro, al cabo de un rato, advirtió que su mujer tardaba demasiado. Le dió una voz y, como no contestase, subió a su vez al dormitorio y se quedó de una pieza ante el espantoso hecho que había cometido la noche anterior.



Y POCO DESPUÉS, LOS SIETE NIÑOS SALTARON POR ENCIMA
DE LAS TAPIAS

Cuando se le pasó el asombro y le entró la rabia, soltó un bramido espantoso.

—¡Maldición!—gritó.—¿Qué es lo que hice? ¡Ah! ¡Pero esos infames lo pagarán muy caro!

Sin grandes ceremonias, echó encima de su mujer un jarro de agua fría, y cuando ésta, vuelta en sí, comenzaba a gemir su desdicha, la atajó con furiosas palabras:

—¡Pronto! . . . ¡Pronto! . . . ¡Dame mis botas de siete leguas! ¡No se me han de escapar!

Y calzado con ellas y empuñando un gran cuchillo, se puso inmediatamente en camino. Iba como el rayo, corriendo, husmeando, buscando por todas partes. Hasta que, por fin, acertó en el camino que habían seguido los pobres chiquillos, quienes estaban ya a corta distancia de la cabaña de sus padres.

Pero se les paralizaron las piernas cuando vieron al Ogro que iba saltando montañas tras montañas y pasando los ríos, como aquel que pasa charcos.

Nuevamente, Pulgarcito salvó a sus hermanos. Viendo una gruta, no lejos del sitio en que se hallaban, hizo que se refugiaran en ella y entró él detrás de todos, quedando a la mira de lo que hacía el Ogro.

Este no podía ya con su alma. El camino que anduviera inútilmente era mucho y, además, aquellas botas mágicas fatigaban extraordinariamente. Así, pues, se dejó caer rendido, justamente encima de la misma roca, en cuyo hueco se refugiaron Pulgarcito y sus hermanos. Y poco después se quedó dormido.

Cuando Pulgarcito le oyó roncar estrepitosamente, venciendo el miedo que sentía, dijo a sus hermanos que



...Y SACÓ CON GRAN CUIDADO LAS BOTAS...

ATQDANTE
SIN Y FOGUE NSA

huyeran hacia su casa y que no se preocuparan por su suerte.

Los chiquillos no se lo hicieron repetir dos veces, y poco después estaban en la cabaña de sus padres.

Entretanto, Pulgarcito se acercó al dormido Ogro y le quitó con gran cuidado las botas de siete leguas que llevaba, calzándose las sin perder momento. Como es natural, las botas del Ogro le vinieron muy grandes, pero como eran mágicas, tenían la virtud de amoldarse a cualquier pie y nuestro héroe pudo ponérselas como si hubiesen sido hechas para él.

Dicen las crónicas que en cuanto Pulgarcito se puso con las botas del Ogro, no se le ocurrió otra cosa que irse a la corte del rey, donde, según sabía, andaban muy preocupados por la suerte que pudiera correr un poderoso ejército que estaba a doscientas leguas de allí. Sobre todo, interesaba al monarca saber del éxito de una batalla que se había dado.

Siguen diciendo las crónicas que Pulgarcito se fué a ver al rey y le ofreció, si se lo mandaba, traerle noticias del ejército y eso antes de acabar el día. Aseguran que se dudó de tal posibilidad, pero como nada se perdía con probarlo, el rey dió el consentimiento y aun prometió al niño una crecida suma si cumplía su promesa y traía las noticias.

Gracias a las botas, Pulgarcito salió bien de su empeño. Aquella misma tarde llevó las noticias. Y este primer éxito, hizo que ganara cuanto quiso, pues no sólo el monarca le pagaba espléndidamente por ser portador de sus órdenes al ejército, sino que muchísimas damas le daban todo cuanto pedía por llevarles y traerles noticias de los caballeros.

Freixas



...DECIDIÓ VOLVER A LA CABAÑA DE SUS PADRES...

En fin, que después de haber hecho, por algún tiempo, el oficio de correo, merced a las botas de siete lenguas, se encontró con que poseía mucho dinero. Entonces decidió volver a la cabaña de sus padres, donde fué recibido como no es necesario relatar.

Y Pulgarcito, dando en olvido pasados agravios, cuidó de toda su familia, le dió espléndido acomodo, lo mismo a sus padres que a sus hermanos y hasta cuidó de su propio bienestar, del cual, nos parece, era hora se acordase.

MORALEJA:

JAMÁS DESPRECIAS A NADIE, POR DÉBIL Y PEQUEÑO QUE OS PAREZCA. SIEMPRE OS PUEDE SER ÚTIL, COMO PULGARCITO A SUS HERMANOS.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



FIN

COLECCION

"Historia y Leyenda"



Como lo indica su título, en esta nueva colección publicaremos los más famosos episodios históricos y leyendas célebres. Su lectura brindará un momento de solaz a pequeños y mayores, pues mientras éstos tendrán ocasión de recordar hechos casi olvidados, los primeros hallarán la oportunidad de instruirse, deleitándose al mismo tiempo, por la forma novelada en que presentamos esta colección, en la que colaboran prestigiosas firmas de autores y dibujantes. Cada tomo, impreso en tipos grandes y modernos, de fácil lectura, contiene numerosos dibujos a pluma y dos láminas y portada a todo color. Como en todas sus publicaciones, EDITORIAL MOLINO hace con ésta, una verdadera creación.

PUBLICADO

JUANA DE ARCO, por José M. Huertas Ventosa

EN PREPARACION

CRISTOBAL COLON, por J. Mallorquí Figuerola

Precio del Ejemplar en Cartoné: \$ 1.—

Urgel 245
BARCELONA

Gorostiaga 1650
BUENOS AIRES

